

LAS CIFRAS Y LA REALIDAD

26 de Mayo de 1940

SI OIMOS DECIR que Fulano debe diez mil pesos, nos damos inmediatamente cuenta de lo que nos dicen. Conocemos a Fulano y sabemos, más o menos, lo que son diez mil pesos, sobre todo cuando, en vez de tenerlos, se deben. Pero la cifra no nos dice nada de las angustias que debe - o que debería, según el caso - sentir Fulano. Eso no lo sabremos sino pensando en ello. La cifra es siempre abstracta y no expresa sino una parte, la menos importante, de tal o cual cosa. Lo demás corre por nuestra cuenta.

Pero el ser humano se ha acostumbrado a no ver más que las cifras, dejando de lado lo que, humanamente, hay detrás de ellas. Si se dice que Chile tiene una mortalidad infantil de veintisiete por ciento, por ejemplo, ~~nos enteramos, aunque no siempre, de que de cien niños nacidos vivos, veintisiete mueren. Esto parece bastar nos. Pero rara vez pensamos en lo que significan, para la economía del país, para sus padres, para nosotros y en sí mismos, esos veintisiete niños muertos por cada cien que nacen vivos.~~

La cifra no tiene dramaticidad. Es el hombre quien debe dársela. Pero el hombre rara vez lo hace. Se conforma con la cifra, creyendo que es suficiente saberla.

Esto es más evidente en este tiempo de guerra. Leemos, por ejemplo, que en tal o cual batalla participan cerca de tres millones de hombres, tres mil tanques, miles de aeroplanos, y que mueren cuatrocientos o quinientos mil hombres. ¡ Hermosas cifras, tremendas cifras! Pero no son más que cifras, datos de algo que sucede a miles de kilómetros de distancia. Las leemos y nos quedamos tan tranquilos, sin ocurrírsenos pensar en lo que debe ser

una batalla en que participan esos hombres, esos tanques, esos aeroplanos, una batalla en que mueren centenares de miles de hombres, en que son destruidos - ¡ y de qué modo! - miles de padres, de hijos, de novios, de esposos. Si pensáramos en ello y llegáramos a darnos exacta y real cuenta de lo que, humanamente, significan esas cifras, no podríamos sino sentirnos aterrorizados.

Y más aterrorizados nos sentiríamos si llegáramos a descubrir que todo eso sucede únicamente por la voluntad de unos pocos hombres, de unos poquísimos hombres, miserables seres mortales como nosotros, no más inteligentes que Pedro, Juan o Diego, pero que han descubierto el modo de mandar sobre millones de hombres y de hacerlos matar igualmente por millones.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©